
LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Se anuncia Gil Blas en el diario para servir.—Amos y amas que le admiten en su servicio.—Sesion de Gil Blas con una señora viuda.—Le hace conocer á Gil Blas su patron cuál podrá ser esta y otras viudas como esta, y le aconseja entrar en la casa de una señora de la grandeza.

Comunicó Gil Blas con su patron su apremiante situacion y estado, y le pidió consejo para mejorar de fortuna. El patron le dijo:—¿sabe Vd. leer, escribir y contar?....—Toma! repuso Gil Blas. ¡Si he estudiado en la universidad de Salamanca—¡Ah! pues entonces es muy segura su colocacion. ¡En la universidad de Salamanca! Pues no es nada lo que Vd. me ha dicho.

De las otras universidades no hablemos pero en la de Salamanca? El haberse paseado por aquellos claustros, aunque no se haya estudiado nada, ha sido lo suficiente para ascender á canónigos, obispos, consejeros y ministros los cursantes en aquella universidad. Ya verá Vd. cómo ponemos un anuncio en el diario como los que yo me sé dictar, y al siguiente dia ya lloverán aquí pretendientes buscándole á Vd. para toda clase de ocupaciones, porque los estudiantes de Salamanca son para todo.—Hombre, dijo entonces Gil Blas, tambien podremos añadir que he recorrido casi media España y parte de la Francia.—¿Eso tenemos ademas, repuso el patron? Vaya, vaya, déjeme V. obrar á mí, y despues veremos lo que hemos de escoger entre tantos amos como han de venir á buscarle. En efecto, el patron se fue á escribir su anuncio, y despues de haberlo concluido, se lo manifestó á Gil Blas en los literales términos siguientes.

ANUNCIO.

Un estudiante de Salamanca que ha estudiado en aquellas cátedras filosofía, leyes y cánones, teología, medicina, matemáticas, física, astronomía y la lógica de Gaudin, desea

colocarse en un destino correspondiente á sus estudios salamanquinos, ó salmaticenses. Para reunir con la teoría la práctica ha viajado por una gran parte de España, y por otra no pequeña de la Francia. Se halla pues en disposición de poder enseñar todo lo que ha estudiado, y se ofrece ademas para mayordomo, secretario, contador ó apoderado general de los señores que no saben, ó no quieren gobernar sus casas por sí mismos. Es descendiente de una de las familias mas ilustres de España. Su edad la de veinte y seis años, de un físico interesante y de una estatura algo mas que la regular. Se ofrece igualmente á ser un buen compañero de una señora viuda y rica, y tambien aunque sea soltera, no siendo una vieja, Tiene personas que le abonen, y darán razon en la calle de tal, número tantos, cuarto principal.

NOTA. En esta casa se admiten huéspedes con manutencion ó sin ella á precios muy equitativos.

Enterado del anuncio Gil Blas, dijo á su patron:—Hombre, algo de lo que Vd. dice lo he estudiado en Salamanca, pero tanto, no.—Pues bien, le contestó: Si Vd. no sirve para uno, servirá para otro; pero Vd vale mas de lo que se piensa. Ya verá Vd. para cuán distintas ocupaciones

le vienen á buscar aquí. En efecto á las diez de la mañana del siguiente día en que se leyó el Diario de Madrid, vino cierto criado de una señora viuda diciendo de parte de su ama que se le presentase el estudiante de Salamanca. A las once del mismo día un lacayo de una señora grande de España buscando al que habia estudiado en aquella universidad. A las doce otro recado de otro gran título de Castilla solicitando á Gil Blas para ayo del señorito de la casa. A la una otra pretension para hacerle apoderado general de una de las principales casas de Madrid. A la una y media otro aviso de un señor obispo que salia para la América, y queria llevarle de mayordomo. A las dos otro recado de una señora mayorazga, que se habia prendado de la edad de 26 años, y de la estatura algo mas que la regular. A las tres le buscaba tambien otra señorita soltera muy literata, la cual no habiendo hallado en la corte quien la entendiese en su literatura, le pareció que un estudiante de Salamanca era el único que la podia comprender. En fin, fueron tantos los pretendientes del pretendiente Gil Blas, que su patron casi enfadado, llegó á decirle:—¿Lo vé Vd. ahora? Qué le he dicho yo? Vd. no conoce á este Madrid, por mas que haya recorrido media España. Pero vamos á lo que nos importa.

Entre tantas colocaciones como se le presentan ¿cuál le parece mejor y cuál la mas mala? La peor de todas; dijo Gil Blas, es la de mayordomo del obispo americano. Se me figura que ha de ser el fraile que me sopló en la cárcel. Pues bien: Vd. vaya presentándose en las casas que le llaman, porque de todas tengo aquí las señas y sin comprometerse con ninguna, sepa Vd. antes que partido le hacen, cuáles son sus obligaciones, y las costumbres de los amos, y despues escogeremos lo mejor. Las llevaremos por su órden. La primera es una señora viuda, cuyo aviso ha venido á las diez de la mañana. Presentése Vd. á ella, obsérvela bien, y despues hablaremos. En efecto partió Gil Blas á presentarse á aquella señora que al momento que le pasaron recado le mandó entrar. Rayaba ya en los cuarenta la viudita. Apenas tuvo á Gil Blas en su presencia le miró de arriba abajo, y no le desagradó el talle y la figura del estudiante de Salamanca.—¿Con qué es Vd., le dice, el que se ha anunciado en el Diario de esta mañana?—Si señora, respondió Gil Blas,—¿tiene Vd. padres?—No señora, pero tengo unos tíos ricos en Castilla la Vieja que no tienen sucesion.—Tambien era castellano viejo mi difunto, que acabo de perder hace hoy dos meses justamente. Me ha dejado una buena renta cerca de Medina del Campo.—No muy

lejos de allí, dijo Gil Blas, está la casa de mis tios.—¿Y sus tios de Vd., continuó la señora, le dejarán por heredero, no teniendo como no tienen sucesor?—No es imposible, replicó Gil Blas, si me porto bien en la carrera del mundo que me ordenaron seguir, despues de haber concluido la que seguí en la universidad de Salamanca.—Si Vd. se ha portado bien hasta hoy, dijo la viuda, seguro está Vd. en mi compañía.—Yo les escribiré y responderé por Vd.—Hasta la hora presente, contestó Gil Blas, no hize mal á nadie, pero á mí me han causado muchos males algunos hombres.—Oh! Si este mundo está perdido, continuó la señora! Lo mismo le sucedia á mi difunto: era un bendito, todos le engañaban: el trato con los hombres le acarreó la muerte, que le aceleraron los disgustos y pesadumbres. Dos horas antes de morir, me dijo: Gregoria, yo me muero, pero te dejo bastante renta con que vivir: solamente te encargo que no te cases, si no quieres ser desgraciada. A este tiempo se echó á llorar, y sacó su pañuelo para limpiarse las lágrimas. Gil Blas la dijo entonces:—De qué le aprovecha á Vd., señora, el afligirse, si con el llanto no consigue resucitar al difunto? No lloro por eso, sino por que, como Vd. conoce, una mujer sola no puede vivir. De una viuda nadie hace caso, y todos

la burlan. Además, ¿cómo puedo yo por mi misma administrar las rentas que me ha dejado el difunto?

A este tiempo le dijo Gil Blas:—Pues señora no se aflija Vd. por eso, que yo me ofrezco á ser su administrador por el precio en que nos convengamos.—Ah! en ese caso será Vd. mas que administrador, porque nos casaremos, y no hay que dar cuentas á nadie:—Y si sus tios de Vd. quieren, reuniremos las haciendas suyas con las mias de Medina del Campo.—Pero señora, repuso Gil Blas, ¿no le prohibió el difunto casarse?—No señor, respondió, sino que me dijo, que no me casase sino queria ser desgraciada, y yo con Vd. no lo seria porque me parece que no nos faltaria sucesion, la que no me ha sido posible tener con el difunto.

—Señora, le dijo entonces Gil Blas, eso seria muy peligroso en su edad de Vd.—¿Pues cuántos años le parece á Vd. que yo tengo? replicó ella.—Yo no la bajo á Vd. de los cuarenta, dijo Gil Blas.—Está Vd. muy equivocado, porque me faltan aun nueve dias para llegar á los treinta, y yo le presentaré la fé de bautismo antes que nos casemos.—Está muy bien, contestó Santillana, pero si Vd. se hace embarazada puede ser el parto muy peligroso en tanta obesidad, y si Vd. se me muere, y tambien el

fruto de su vientre, yo me quedo en la calle viudo y sin hijos.—No tema Vd. eso, replicó ella, porque antes de casarnos escribo yo á sus tios ofreciendo dejarle por mi heredero si ellos le nombran á Vd. por el suyo, y entonces podremos hacer un testamento para que el que sobreviva herede al otro.—En ese caso, repuso Gil Blas, si yo me muero antes, pasa la hacienda de mis tios á otra familia, y en esto no entran ellos de ninguna manera, porque no salga de la dinastía de los Santillanas.—Ola! dijo ella. ¿Con que es Vd. pariente de aquel famoso Gil Blas?—Llevo el mismo nombre y apellido, respondió éste.—Hombre! Pues entonces, de valde le quiero á Vd. y ya no necesito que sus tios le doten para que nos casemos cuanto mas antes. Siempre he sido muy aficionada de ese famoso Gil Blas, y la suerte me ha preparado para marido un pariente suyo. ¡Vaya, si lo que está de Dios no puede faltar! Voy hacer un hombre feliz.—Vd. será mi esposo y mi heredero antes de quince dias.

—¿Pero señora, y el luto? ¿He de ir yo á la iglesia con mi novia vestida de negro?—Demasiado tiempo le he llevado ya, dijo ella, y demasiadas noches he dormido sola con los pies frios como el hielo sin poder entrar en calor, y á Vd. le sucederá otro tanto de lo mismo;

particularmente en estas noches de invierno.—A mí no señora, dijo Gil Blas, porque como no estoy acostumbrado á dormir con compañía, siempre me he calentado á mí mismo bastante bien.—Pobrecito! le contestó. Ya se conoce que Vd. está como inocente. Vaya no hablemos mas sobre el particular. Hoy mismo queda Vd. admitido en mi casa por mi mayordomo, y tambien por algo mas si Vd. quiere. En fin, Vd. verá lo que le puede venir mejor, y escogerá. Váyase Vd. ahora á traer aquí su ropita, y en esta misma noche le prepararé su dormitorio.

Se despidió Gil Blas de la recién viuda, y se fue á contar á su patron todo lo que con ella le habia pasado. El patron que conocia algo mejor la córte que Gil Blas, le dice:—Hombre de los demonios, qué es lo que Vd. va á hacer? Llevar su equipaje á la casa de esa mala mujer! Acaba de enviudar y ya quiere casarse! Esa no dude Vd. que habrá ocasionado la muerte á su marido para heredarle. Esa, y otras como esa, saben mil modos de echar á un hombre á la sepultura. Con lo que Vd. le ha dicho de la herencia de sus tios, se lleva la idea de heredarle á Vd. tambien. Si no le sale bien esta especulacion, emprende con otro, y se deshace de Vd. cuando le venga bien, ya sea ani-

quilándole á disgustos y sinsabores, ó de otra manera.

—Pero hombre! replicó Gil Blas. ¿Es posible que en Madrid y al frente de los reyes y de su gobierno habiten mujeres de esta clase?

—En Madrid, repuso el patron, viven hombres y mujeres de lo peor de España. Aquí se refugia lo mas malo de todas las provincias del reino, y no hay gobierno que alcance á evitar todas las maldades que se cometen en esta córte desde la clase mas alta hasta la mas humilde del pueblo. Vd. lo irá observando por sí mismo si se propone vivir aquí por algun tiempo. Por ahora, renuncie Vd. á esa colocacion, y vamos viendo quién es el segundo que le pretende á Vd.

Repasó su lista el patron de Gil Blas, y vió que á las once se habia presentado un lacayo de una señora grande de España, preguntando de parte de su señora por el estudiante de Salamanca. Esta le dijo, puede ser una buena proporción. Preséntese Vd., y tómela el pulso con discernimiento.—Y entonces, añadió Gil Blas, qué disculpa doy á la viuda que me espera en esta noche?—Déjemela Vd. de mi cuenta, que yo la pasaré un recado diciéndola, que hasta que ella cumpla un año de luto, no espere por Vd.

CAPÍTULO II.

Entra Gil Blas á servir á una señora de treinta y cuatro años.—Es destinado por ella á llevar y traer billetes para un señorito y vice-versa.—Sesion interesante de Gil Blas con otro criado de la casa.—Cambio ó permuta que hace su ama del señorito por Gil Blas.—Desaire que este dió á su señora.—Venganza que esta tomó de él.—Es llamado Gil Blas á presencia del rey.—Curiosa sesion de este con S. M.

Obedeció Gil Blas á su patron y se fue á presentar á la señora. Tenia esta señora su habitacion muy distante de la de su marido. Seria su edad la de 34 años mas ó menos. Cuando tuvo á Gil Blas en su presencia, le tomó la filiacion desde los pies á la cabeza, y no le desagradó el talle del estudiante de Salamanca.—Yo necesito, le dijo, un paje de antesala, y acostumbro darle un peso diario por su servicio. Si me sirven bien, suelo pagarlo doble. Vea Vd. si le acomoda este partido, y dígame Vd. sí ó no ahora mismo.—Señora, repuso Gil Blas, será preciso saber antes cuales son mis obligaciones, porque si no las puedo cumplir, no quiero engañar á Vd.— Cuando